

Historiografía, documentos y testimonios. La experiencia de guerra en el Chile decimonónico (1813-1891)

HISTORIOGRAPHY, DOCUMENTS AND TESTIMONIES. THE WAR
EXPERIENCE IN NINETEENTH CENTURY CHILE (1813-1891)

Cristián González Puebla

Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile

<https://orcid.org/0000-0002-3352-0876>

gonzacristian@gmail.com

RESUMEN: La historiografía chilena, al citar en sus investigaciones documentos de distinto tipo relativos a las guerras que tuvo que soportar el país durante el siglo XIX, así como también los diversos testimonios dejados por testigos de los conflictos de esos años, nos permite apreciar la experiencia de guerra que enfrentaron los hombres y mujeres de aquel periodo. A su vez, si reconocemos a la historiografía, en su labor de citar documentos, y también a los testimonios como una forma de memoria Social que nos permitiría aproximarnos a las experiencias de guerra, podemos tener una visión panorámica de los conflictos bélicos del periodo, lo cual nos permitiría entrar en espacios que todavía no han sido desarrollados plenamente y que nos llevan a reflexionar sobre una Historia de la Guerra en Chile.

PALABRAS CLAVE: guerra, experiencia, memoria social, historiografía, siglo XIX.

ABSTRACT: The Chilean historiography, citing in its research both documents of different types related to the wars that the country had to endure during

the 19th century, as well as various testimonies left by witnesses of the conflicts of those years, allows us to appreciate the experience of War that the men and women of that period faced. At the same time, if we recognize both historiography and testimonies as a form of Social Memory that would allow us to approach War Experiences, we can have a panoramic view of the war conflicts of the period. This would allow us to enter spaces that have not yet been fully developed and that lead us to reflect on a History of War in Chile.

KEYWORDS: war, experience, Social Memory, historiography, 19th century.

En los primeros días de febrero de 1820, tras la toma por parte de las fuerzas patriotas de los fuertes que protegían a la ciudad de Valdivia, la mayoría de sus habitantes huyó despavorida hacia la campiña. Sin embargo, don José Lopetegui, quien estaba a favor de la Independencia “hizo los mayores esfuerzos para contener a la gente, tratando de persuadirla de que nada tenían que temer, pero su voz fue impotente y hasta su propia familia siguió aquella corriente impetuosa” (Molina Hernández 23).

Don José esperó la llegada de los soldados patriotas, y al ver a algunos llegar:

los llamó y entró en conversación con ellos tomando algunos informes, pero desgraciadamente usaba un anillo con un diamante el cual al ser visto por uno de esos soldados despertó sus perversos instintos, entrando en deseos de poseer aquella alhaja. No tardó en concebir la idea como en ejecutarla. Preparó su fusil y le disparó un balazo en el pecho derribándolo muerto instantáneamente y se abalanzó sobre el anillo. Pero como no pudiera sacarlo porque parecía estrecho, tal vez por alguna contracción nerviosa, cortó el dedo y se hizo dueño del anillo, abandonando el lugar (*ibid.*).

¿Cómo podemos explicar una situación semejante? El relato de lo ocurrido con don José Lopetegui¹ fue dejado por su nieto, Antonio Barrera Lopetegui, muchos años después, y nos lleva a preguntarnos por las experiencias que viven hombres y mujeres comunes en las guerras y que no han sido estudiadas aún en profundidad. Experiencias estas que van más allá de la vida cotidiana y dejan marcas profundas en la individualidad del sujeto, en su familia y también en la sociedad.

La experiencia de guerra es un tema complejo, que abarca una multiplicidad de aspectos que esta investigación no podrá abarcar en su totalidad, y que están ahí, presentes tanto en los relatos dejados por testigos como en los diversos documentos citados por la historiografía en sus obras. La brutalidad de los combates, el saqueo, los abusos de todo tipo, las levas, la cautividad, el hambre, la miseria y también las consecuencias emocionales son algunas de las diversas experiencias de guerra que tuvieron que soportar los chilenos durante el siglo XIX. Estas no fueron solamente sufridas por los soldados o combatientes, sino que también las sufrieron quienes no cargaban con las armas, como en el caso de niños, jóvenes, mujeres y ancianos.

Lo que hoy es Chile durante ese siglo tuvo que soportar las Guerras de Independencia, que provocaron una devastación incuantificable tanto en la zona central del país y por sobre todo en el sur; las Guerras Civiles –llamadas en algunos casos “revoluciones” por la historiografía–, en 1829, 1851, 1859 y 1891; y las Guerras Internacionales, en 1836-1839 contra la Confederación Perú-Boliviana, contra España, en 1865, y contra Perú y Bolivia entre 1879 y 1879. Asimismo, el Estado de Chile mantuvo un conflicto constante con los mapuches en el proceso de ocupación de la Araucanía entre 1861 y 1883, que llevó a la expansión de su territorio. Cada uno de esos conflictos dejó marcas de distinta magnitud tanto en quienes los vivieron como en la sociedad en su conjunto.

¹ Lo ocurrido con José Lopetegui también fue señalado por Diego Barros Arana en su *Historia General de Chile*. Tomo XI, p. 365.

Ahora bien, ¿cómo aproximarse a la experiencia de guerra en el Chile decimonónico? En este artículo, lo haremos a través de los estudios de la memoria, pero no como se hizo en investigaciones anteriores –en donde nos hemos apoyado en los trabajos de Elizabeth Jelin² y en los conceptos de “silencio”, “olvido” y en el de “memoria colectiva” de Maurice Halbwachs–, sino que lo haremos desde la obra de la socióloga italiana Elena Esposito. Esta autora se apoya en la teoría de sistemas de Niklas Luhmann, planteando una perspectiva distinta de acercarse a la memoria social:

Tradicionalmente, se ha pensado que el soporte de la memoria social radica en el sustrato psíquico, dado que se encuentra en las memorias que son compartidas por todos los miembros de la sociedad (...). La teoría de sistemas, por el contrario, sostiene que el soporte de la memoria social no puede encontrarse fuera del sistema que recuerda, sino en las estructuras de este (Esposito 5).

Junto con eso, Esposito, en su libro *Olvido social. Formas y medios de la memoria de la sociedad*, distingue entre las formas de memoria social que van cambiando con el paso del tiempo –adivinatoria, retórica, la memoria como cultura y la memoria procedimental– y otras que se expresan en diversos artefactos de comunicación que involucran a más de un sujeto –como en el caso de la escritura, la imprenta o las nuevas tecnologías de la comunicación– (Esposito

² Al respecto, se hizo una aproximación a algunas de las experiencias de guerra en los siguientes artículos: González Puebla, Cristián. “Cicatrices en el alma. Las consecuencias emocionales de la experiencia bélica de los combatientes chilenos de la guerra del pacífico (1879-1884)”. *Revista de historia* (Concepción), vol. 26, n.º 1, 2019, págs. 7-28. González Puebla, Cristián y Nicolás Llantén Quiroz. “El genio de la matanza: el combate y los soldados chilenos en la Guerra del Pacífico (1879-1884)”. *Histórica*, vol. 47, n.º 2, 2023. Más adelante se irá explicando por qué no se utilizó la misma aproximación teórica. La obra de Elizabeth Jelin en la cual nos apoyamos fue: *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI Editores. 2001. La obra de Maurice Halbwachs fue: *La Memoria Colectiva*. Zaragoza. Prensas Universitarias de Zaragoza. 2004.

39). Asimismo, la memoria tiene como contracara al olvido. Solo quedando en la memoria aquello que queda plasmado en los artefactos de comunicación.

Para efecto de este artículo y por la temporalidad en la que estamos trabajando (siglo XIX), nos aproximaremos a la forma de “memoria como cultura”, la cual reconoce que con la impresión de libros y otros documentos de diversa índole mediante la imprenta hay un aumento cuantitativo de la distribución de escritos. Escritos que “ya no están directamente relacionados con la retención de contenidos (recuerdos), sino que simplemente sirven para fijar signos de referencia y enlaces de contenidos, que ahora deben olvidarse” (Esposito 180), quedando guardados en un archivo. Asimismo, en la forma de comunicación de la memoria como cultura:

el remitente y el receptor no perciben las mismas cosas ni tampoco se perciben mutuamente, no son transparentes entre sí (el remitente no puede orientarse por las reacciones del receptor y este último no puede intervenir en la comunicación con preguntas, comentarios o suplementes), y, por lo general, no se conocen entre sí (Esposito 181).

Asimismo, en el planteamiento de Esposito, la memoria no recuerda el pasado, “aquello no sería útil y solo serviría para sobrecargar al sistema, sino que lo reconstruye en cada oportunidad en función de un futuro proyectado de manera siempre nueva” (Esposito 182). Esto concuerda a su vez con el desarrollo de la historiografía contemporánea. Después de todo, tal como lo señaló Georg Iggers, “el historiador es siempre cautivo del mundo desde el que piensa, y sus pensamientos y percepciones están condicionados por las categorías del lenguaje con el que opera” (31).

Con todo esto señalado, consideramos que, para poder acercarnos a la experiencia de guerra en el Chile decimonónico desde una visión panorámica, que es lo que pretendemos, el planteamiento de Esposito nos parece el más acertado. Su trabajo nos aproxima de forma más directa tanto a la historiografía —entendida esta como la labor

del historiador que realiza una investigación y que cita documentos administrativos, judiciales, de prensa, o de otro tipo, extraídos de un archivo y que nunca han sido vueltos a analizar desde su catalogación— como también a los testimonios extraídos de cartas, crónicas o memorias —como la de Antonio Barrena Lopetegui— sean estas publicadas o no, que son de gran importancia para acercarnos al estudio de la Historia de la Guerra en Chile.

Se afirma en esta investigación que la historiografía y los documentos que esta cita, junto con los testimonios, constituyen una memoria social que nos permite acercarnos desde una perspectiva distinta a la experiencia de guerra en Chile durante el siglo XIX, memoria que nos permitiría entrar en espacios aún no explorados y que nos llevan a la reflexión sobre una Historia de la Guerra en Chile. Una visión panorámica nos acercaría a estudios más profundos sobre las guerras del periodo, permitiéndonos acercarnos al fenómeno en toda su intensidad, ya que podríamos ir viendo como estas experiencias van cambiando en el tiempo y como son internalizadas por la sociedad.

A continuación, dividiremos este artículo en dos apartados. En el primero resaltaremos la importancia que tiene para la historiografía el estudio tanto de las guerras como de las experiencias de guerra en el Chile decimonónico. En el segundo, realizaremos una aproximación a algunas de las experiencias de guerra de ese periodo, destacando los alcances y posibilidades que puedan tener posteriores investigaciones que entreguen una visión panorámica de estos.

LA IMPORTANCIA DE ESTUDIAR LAS GUERRAS Y LAS EXPERIENCIAS DE GUERRA EN EL SIGLO XIX CHILENO

Al aproximarnos al estudio del fenómeno de la guerra es inevitable, aún en el presente, encontrarnos con relatos hagiográficos, cargados de heroísmo y que justifican un determinado actuar para reforzar la existencia de una comunidad nacional. Sin embargo, la guerra y la

violencia llevada al paroxismo que genera nos llevan a los límites que son soportables tanto por una persona en su individualidad como al conjunto de la sociedad. Al respecto, el historiador español Francisco Gracia Alonso es claro:

Cuando se presenta la ocasión de matar, las reglas propias de la civilización desaparecen y la percepción del otro como un ser humano igual al ejecutor se anula. Una vez asumido ese principio de diferencia, cualquier maltrato, tortura, práctica sádica y forma de ejecución no solo es posible sino probable (39).

Por esa misma razón, el estudio de las guerras y, para efectos de esta investigación, las guerras de Chile en el siglo XIX, es fundamental. Como señala la historiadora canadiense Margaret MacMillan, “si deseamos entender el pasado debemos tener en cuenta la guerra al estudiar la historia humana” (10).

La autora es aún más tajante, al señalar que:
Si no conseguimos entender el vínculo íntimo que existe entre la guerra y la sociedad humana –hasta el punto de que es imposible decir que una predomine sobre la otra o sea su causa– estaremos perdiendo de vista una dimensión importante de la historia del ser humano. Si aspiramos a entender nuestro mundo y cómo llegamos al momento presente de la historia, no podemos ignorar la guerra y sus efectos sobre el desarrollo del ser humano (11).

En Chile, al igual que en el resto del mundo occidental, el estudio de la guerra a nivel universitario queda relegado a un segundo plano, estudiándose más bien la Historia Militar en centros especializados como la Academia de Guerra del Ejército de Chile, con pocas investigaciones que dejan esta área de estudio también en manos de aficionados y entusiastas que muchas veces siguen repitiendo atavismos, sin llegar a problematizarlos mayormente³. A pesar de eso, se

³ Respecto a este tema se sugiere revisar (González y Llantén, “La academia”).

han dado importantes y valiosos avances, especialmente tomando en cuenta al siglo XIX, periodo en el que, como señalamos un poco más arriba, la sociedad chilena estuvo involucrada en una gran cantidad de conflictos que dejaron marcas profundas en lo colectivo y a nivel individual, las cuales aún no han sido debidamente analizadas. Un caso interesantísimo que destacar es el libro —o artefacto de comunicación, si seguimos el pensamiento de Esposito— *Terror en Lo Cañas: violencia política tras la Guerra del Pacífico* de Gabriel Cid y la destacada historiadora peruana Carmen McEvoy. En esta obra, a la cual nos volveremos a referir más adelante, sus autores señalan una cuestión gravitante, que pone a los estudios sobre la guerra en el lugar que corresponde:

hay que asumir la cotidianidad de la guerra y estudiarla como un hecho social total, donde se entrecruzan simultáneamente dimensiones morales, económicas, políticas, culturales y sociales, si pretendemos entender la conformación de nuestras sociedades. Por qué el fenómeno bélico ha sido omnipresente y ha incidido de manera crucial en el desarrollo de una serie de procesos clave de las sociedades modernas (31).

Con todo esto indicado, queda de manifiesto que el estudio del fenómeno de la guerra va más allá de los movimientos de tropas y la descripción de operaciones militares, armas y uniformes. La guerra, sea esta entre Estados, de tipo civil o de expansión —como en el caso de la ocupación de la Araucanía para el caso de Chile—, tiene una importancia capital para el conocimiento humano. Por ello, su estudio con mayor profundidad es una cuestión pendiente.

Por dar algunos ejemplos, rara vez, y solo gracias a los estudios de Psicología y la Fisiología del Combate, se ha podido hacer una somera aproximación a lo que ocurría en los combates en sí mismos, más allá de lo meramente descriptivo: “lo que sucede una vez que comienzan los tiros y los sablazos no se estudia”, señala el historiador argentino Alejandro Rabinovich, “como si esas pocas horas de brutalidad no hubieran tenido verdadera incidencia sobre los grandes

procesos históricos y sociales” (14). Lo mismo ocurre con los civiles. Nos concentramos demasiado en la superficialidad de la batalla y olvidamos a los civiles o no combatientes, que se encuentran atrapados en medio de la vorágine de la guerra y terminan siendo muchas veces las mayores víctimas en un conflicto, encontrándose muchas veces en medio de una batalla o un asedio, como el de Leningrado entre durante la Segunda Guerra Mundial.

Asimismo, los no combatientes ocultan otra realidad de la guerra que queda en el silencio, ya que muchas veces son ellos quienes que azuzan a sus gobiernos y líderes políticos para marchar a la guerra, sin tener ninguna contemplación hacia el adversario. Mujeres y ancianos pueden llegar a desprestigiar con más fuerza a los oponentes que la sociedad en que viven. Margaret MacMillan pone el ejemplo de esto al recordar a los revolucionarios franceses que azuzaban a los hombres a ir a la guerra durante la década de 1790, a las mujeres inglesas que le entregaban plumas a los hombres que no se enlistaban durante la Primera Guerra Mundial y también a los fanáticos nazis que esperaban la llegada de las tropas soviéticas a Berlín en abril de 1945 (173).

Ahora bien, volviendo nuestros ojos nuevamente al siglo XIX para resaltar la importancia del fenómeno de la guerra, es importante resaltar la importancia que cobra la tecnología bélica y también un pensamiento que aún en nuestro siglo sigue presente con fuerza: el nacionalismo.

Respecto de la tecnología bélica, el siglo XIX, sobre todo desde su segunda mitad, asiste a un desarrollo sustancial de las armas. Estas son cada vez más efectivas, más precisas y destructivas, mientras que la guerra se alimenta de los avances de la Revolución Industrial. Las nuevas armas provocan cambios vertiginosos en la forma de hacer la guerra a la vez que tienen un efecto devastador en el campo de batalla. Solo por mencionar algunos casos, en el mar se pasa, en el transcurso de unas décadas, de barcos de madera a acorazados y torpedos. Y, en los combates terrestres, se pasa del mosquete a comienzos del siglo a

fusiles de cerrojo, como el Mannlicher usado por las fuerzas congresistas en la Guerra Civil de 1891, el cual tuvo una mortífera eficacia en batalla. Pero con la tecnología no solo mejoran las armas propiamente tales, sino que también aparecen tecnologías de uso civil que cambian las formas de guerrear: los ferrocarriles agilizan el transporte, pudiendo moverse miles de soldados de un lugar a otro sin tener que realizar lentas y fatigosas marchas, a la vez que el telégrafo mejora las comunicaciones de una forma inimaginable en otros tiempos. Ambas tecnologías, ferrocarril y telégrafo, fueron usadas en la Guerra Civil Norteamericana (1861-1865) y, de hecho, tuvieron una importancia decisiva, sobre todo para las fuerzas de los Estados Federales. A su vez, estas también se utilizaron, en menor medida, dada la geografía y acceso a la tecnología, durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)⁴.

Mientras tanto, durante el siglo XIX el nacionalismo comienza a cobrar cada vez más fuerza, generando identidades nacionales y siendo capaz de mover a sociedades enteras y enormes ejércitos de masas. Esto llegó a su clímax en la primera mitad del siglo XX, durante la Primera y Segunda Guerra Mundial, pero tuvo sus raíces en la Europa de fines del siglo XVIII. Paulatinamente, y después con cada vez más intensidad durante el siglo XIX, los trabajos de intelectuales, poetas e historiadores nacionalistas permearon a distintas sociedades europeas y americanas, cobrando un valor fundamental como una forma de memoria como cultura a través de sus obras. Así, la impresión masiva de textos, el adoctrinamiento en el aula y en las ceremonias cívicas se convirtieron en un acicate para llevar a millones de hombres a los campos de batalla, permitiendo que, en nombre de la nación, se cometiesen atrocidades y la muerte de civiles y combatientes.

La guerra, según MacMillan, “se contemplaba como una parte integral y necesaria del nacimiento de una nación, algo casi santi-

⁴ Respecto al uso de estas tecnologías durante ambos conflictos se sugieren las siguientes obras: Keegan, John, *Secesión. La guerra civil americana*, Madrid, Turner, 2011; Sater, William, *Tragedia andina. La lucha en la Guerra del Pacífico (1879-1884)*. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2016.

ficador, y el ejército tenía un papel particularmente sagrado como defensor y salvador nacional” (120). Y es ahí cuando la historiografía cobró un papel fundamental al generar una visión oficial del pasado. De la mano del positivismo, se recrearon epopeyas y mártires para cohesionar a la nación. Y, para el caso chileno, el discurso patriótico creó una trilogía teleológica en la cual las Guerras de Independencia, la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y la Guerra del Pacífico están presentes, pero “donde no tuvo cabida y mucho menos explicación la Guerra Civil de 1891. Esto es ampliable también a otros conflictos, como la ocupación de la Araucanía o las otras guerras civiles que Chile tuvo en el siglo XIX” (McEvoy y Cid 54), en donde la cantidad de obras escritas por historiadores son menores y poco conocidas o los hechos de armas quedan subsumidos a un relato general del periodo en estudio.

Un ejemplo patente de cómo el discurso patriótico se esparció durante el siglo XIX es la ya clásica cita a la obra del historiador Gonzalo Bulnes (1851-1936). En su obra *Guerra del Pacífico*, este autor –influenciado por el pensamiento del filósofo francés Ernest Renan (1823-1892) y sus ideas acerca de lo que es una nación– relata que tras la batalla de Miraflores (15 de enero de 1881), con la cual el ejército chileno pudo ocupar Lima, Patricio Lynch recorría un hospital en compañía del almirante francés Du Petit Thouars, quien no comprendía el triunfo del ejército chileno:

Lynch se ofreció para explicárselo. Se acercó a dos heridos peruanos i (*sic*) junto con dirigirles parabras (*sic*) consoladoras, les preguntó separadamente: ¿I (*sic*) para qué tomó Ud. Parte en estas batallas? Yo. Le contestó el uno: “Por don Nicolás; el otro “por don Miguel”. Don Nicolás era Piérola; Don Miguel, el Coronel Iglesias. Dirijió (*sic*) después la misma pregunta a dos heridos del ejército chileno i (*sic*) ambos le respondieron con profunda extrañeza: Por la Patria, mi general! I (*sic*) Lynch volviéndose a Du Petit Thouars le dijo: por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria; otros por don Fulano de tal. A lo cual replicó el almirante francés: ahora comprendo! (Bulnes 350).

El relato nacionalista de la guerra en Chile la romantiza y la hace aséptica, casi mecánica. Distante y fría. “Dejando las experiencias de los actores reducidas a simples imágenes de los que ellos querían que fuese la representación imaginaria del chileno” (Coronado 32). Este discurso, como indicamos más arriba, aún sigue presente, repitiendo atavismos que fueron reimpulsados por los proyectos culturales de la Dictadura Militar (1973-1989)⁵ y por el trabajo divulgativo de aficionados –a los cuales también hay que reconocer que han reproducido gran cantidad de testimonios, especialmente de la Guerra del Pacífico–. Esto, como señalamos con Nicolás Llantén, ha generado una aprensión de parte de la academia chilena a la hora de acercarse a estos temas desde su propia especificidad (González y Llantén, “La academia”).

Pero las experiencias de los “actores” distan de ser frías y superficiales. Al contrario, son nuestra mejor oportunidad de acercarnos a lo complejo de vivir situaciones que se escapan completamente de nuestra cotidianeidad, siendo “lo más cercano que estaremos a la realidad de lo que los hombres hicieron, y lo que se les hizo, en esta guerra o aquella” (Hynes 27). Las experiencias de hombres y mujeres con el fenómeno de la guerra aparecen al ser citados documentos en obras historiográficas y en los testimonios dejados por quienes las experimentaron –memorias, crónicas, textos híbridos, etcétera–. A veces están solapadas y en otras son completamente explícitas, pero están ahí, esperando en el Archivo o en la Biblioteca para que alguien reinterprete el pasado que se encuentra oculto en sus páginas.

A modo de ejemplo, la experiencia vivida por Antonio Barrena Lopetegui en su infancia ilustra lo que pretendemos resaltar en este breve artículo. En abril de 1830, Lopetegui vivía con su familia en Talca y, tras la batalla de Lircay, la cual enfrentó a las fuerzas pipiolas y peluconas, visitó el campo de batalla junto a su padre, lo cual dejó una marca profunda en su memoria:

⁵ Al respecto se sugiere revisar: Donoso Fritz, K. *Cultura y dictadura Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973-1989*. Santiago. Ediciones UAH, 2019.

Por mucho tiempo no pude arrancar de mi memoria el recuerdo de esa hecatombe, ese terrible y angustioso panorama se paseaba por mi memoria en forma reiterada y sin posibilidades de evitarlo.
¡Qué multitud de cadáveres!, ¡qué semblantes, revelaban unos expresiones de dolor y otros una ira tan reconcentrada que quedaron sus huellas con la muerte! (Molina Hernández 57).

LA EXPERIENCIA DE GUERRA EN EL CHILE DECIMONÓNICO. ALCANCES Y POSIBILIDADES

Habiendo resaltado la importancia del estudio de la guerra y de las experiencias de guerra, corresponde ahora resaltar los alcances y posibilidades que puedan tener futuras investigaciones sobre la experiencia de guerra en el Chile decimonónico y que nos permitan tener una visión panorámica de esta. Cabe destacar aquí que no se señalarán todas las experiencias de guerra posibles, ya que eso no se puede hacer aún dada la falta de investigación y el planteamiento de nuevas problemáticas.

En este apartado, nos importa destacar las diversas experiencias, pero también compararlas dentro de las distintas guerras que tuvo Chile en el siglo XIX, para poder así comenzar a tener una visión panorámica. Al respecto, cabe indicar que tanto la historiografía como los testimonios que existen sobre las guerras de Chile en este periodo es muy desigual para cada uno de los conflictos que sufrió el país en esos años. Para la Guerra del Pacífico (1879-1884), existe una enorme cantidad de obras escritas; para la Guerra Civil de 1891 y las Guerras de Independencia también hay una cantidad importante. Pero para el resto de las guerras las obras son más bien escasas, a veces subsumidas en relatos generales y en donde prima lo político y no lo bélico, y en donde los testimonios son aún más escasos, por lo cual el estudio e investigación de las guerras de este periodo es una labor pendiente para la disciplina⁶.

⁶ Al respecto se sugiere revisar: Gazmuri, Cristián. *La Historiografía Chilena*

La guerra en ese siglo, no solo en Chile, sino tanto en Europa como en América, era algo que probablemente tanto hombres como mujeres iban a experimentar en algún momento de sus vidas. Alejandro Rabinovich indica que en ese periodo “los hombres de toda clase se preparaban durante años –en muchos casos desde la infancia– para afrontar lo que se consideraba como ‘la hora de la verdad’ debiendo vivir el resto de sus vidas, si sobrevivían, con el recuerdo de lo que hicieron durante unas pocas jornadas de lucha” (11).

Dentro de la historiografía chilena, el único caso que conocemos en donde hay algo parecido a lo que planteamos –es decir, una visión panorámica de las experiencias de guerra en el siglo XIX chileno– es en la ya mencionada *Terror en Lo Cañas*, de Cid y McEvoy, que hace un valioso avance al aproximarse a los conflictos más importantes que tuvo Chile en la segunda mitad de ese siglo. En esa obra, los autores levantan el concepto de “comandos fronterizos”, que serían los combatientes de la Ocupación de la Araucanía, La Guerra del Pacífico y la Guerra Civil de 1891, en quienes destacar la actitud brutal de estos al combatir, deshumanizando completamente a su adversario. Cid y McEvoy citan el diario de Eduardo Bourne, hermano de una de las víctimas de la “Masacre de Lo Cañas”. Al ir a retirar el cadáver para poder darle entierro, un subalterno del Ejército balmacedista le dice: “al igual que los perros, los montoneros no merecían cristiana sepultura” (Cid y McEvoy 81). Esta idea que, señalan los autores:

aludía a la deshumanización del “otro enemigo”, circuló entre los círculos balmacedistas y “antibalmacedistas” y había sido aplicada “contra la población mapuche y contra la montonera indígena liderada por Andrés A. Cáceres, en los años de la resistencia (1881-1883) y la posterior represión chilena en la Sierra Central del Perú (*ibid.*).

Las experiencias de guerra tienen similitudes a pesar de darse en espacios y tiempos distintos, siendo por eso tan importante tener

una visión panorámica, entendiendo a los documentos citados por la historiografía y a los testimonios como parte de una memoria social. Este es el caso de las consecuencias emocionales, que analizamos en otra investigación y que aquí presentamos en su aspecto más extremo: en la pérdida de la razón. La experiencia vivida en la guerra puede ser tan brutal e intensa que lleva a la pérdida del juicio y a verse incapaz de volver a vivir en sociedad. Arturo Olid, veterano de la Guerra del Pacífico, recuerda muchos años después a Luis Salvatici, quien durante la guerra fue oficial y terminó sus días en la casa de orates creyéndose Napoleón I (Olid 73)⁷. Muchos años antes, otro hombre también perdió la razón por la guerra y terminó recluido en un hospital. Se trata aquí de Ventura Lagunas, quien durante aquel periodo conocido por la historiografía como la “Reconquista” (1814-1817) participó en una operación clandestina contra el gobierno realista en la cual fue apresado. Lagunas contaba con apenas 17 años en el momento en que fue condenado a muerte y luego perdonado por un Decreto del Gobernador realista Marcó del Pont. Fue indultado, pero también fue obligado a ver como sus compañeros fueron ahorcados. Este hombre, según la gran cantidad de documentos de Archivo recopilados por Ernesto Guajardo en su obra *Manuel Rodríguez, el Insurgente. La lucha de los patriotas en Chile (1815-187)*, luchó en las primeras campañas de la Independencia y estuvo presente en la batalla de Maipú (5 de abril de 1818). No obstante, “el impacto de los hechos vividos por el joven Lagunas dañó su mente: con el paso de los años perderá la razón y será recluido en el Hospital San Andrés de Lima”⁸ (Guajardo 397).

⁷ Lo ocurrido con Salvatici también es mencionado en: Couyoumdjian, Juan Ricardo. *De soldado orgulloso a veterano indigente: La Guerra del Pacífico. Historia de la vida privada en Chile. Tomo II: El Chile moderno de 1840 a 1925*. Bajo la dirección de Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri. Santiago, Taurus, 2006, pp. 238-273.

⁸ La conspiración en la que participa Lagunas es también mencionada en las siguientes obras: Barros Arana, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo X, Santiago. Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2000; Amunátegui, Gregorio Víctor y Amunátegui, Miguel Luis. *La reconquista española:*

Otra experiencia que se repite una y otra vez es la del pillaje, quedando presente en documentos de archivo y testimonios constantemente. En la exploración bibliográfica que realizamos para esta investigación el pillaje aparece ya desde 1813, sea este un pillaje por venganza contra el adversario o contra el opositor político, sea por la necesidad de recursos económicos o por buscar un botín, y quienes quieren dejar un relato lo dejan claramente de manifiesto. En el *Diario Militar* de José Miguel Carrera, él mismo relata cómo a fines de mayo de 1813, al recuperar Talcahuano, escarmienta a su población: “Como este pueblo se mostro (*sic*) tan poco adicto en la entrada de Pareja, i (*sic*) los intereses que encerraba eran de Sarracenos, de los que primero traidoramente entregaron la provincia, ofrecí i (*sic*) permití el saqueo a la tropa”⁹ (Carrera 126). En 1817, en un oficio enviado por Bernardo O’Higgins al comandante José Cienfuegos le señala que: “Para entusiasmar a los soldados, ofrézcales Us. el saqueo en Arauco de todas las propiedades de los enemigos de nuestra causa (...) pero respétese el vecindario de Nacimiento, a quien debe mirar usted con la mayor consideración”¹⁰ (León 42).

En 1839, durante la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, relata Antonio Barrena Lopetegui que un soldado le ofreció un reloj de oro, extraído de los despojos de los muertos peruanos y bolivianos de la batalla de Yungay. Barrena le señaló que no tenía dinero, pero el soldado le dijo: “—No importa, mi Teniente, deme por él lo que usted quiera o pueda, que mi intención es que sea suyo, plata no necesito porque llevo aquí en el cinto doscientas onzas que también retiré de varios bolsillos” (Lopetegui 234).

apuntes para la historia de Chile: 1814-1817. Santiago, Imprenta Chilena, 1851; León, Leonardo. *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile 1810-1822*. Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2011.

⁹ El *Diario Militar* es publicado en: *VV. AA. Colección de Historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, Imprenta Cervantes. Santiago. 1900-1954. Tomo I. pág. 126.

¹⁰ El documento que cita Leonardo León es un oficio de O’Higgins a Cienfuegos, en ANMG. Volumen 28. Foja 113V.

La búsqueda de un botín por los soldados parece ser una constante en las guerras de Chile en el siglo XIX. Evidencia de eso hay también en la Guerra del Pacífico¹¹, en donde el saqueo de Mollendo y del de aquel balneario de Chorrillos son los casos más conocidos. Durante la Guerra Civil de 1891 también hay antecedentes de pillaje, pero desde una perspectiva distinta, pues el saqueo es realizado contra los adversarios políticos, siendo saqueadas principalmente las residencias de los balmacedistas en Valparaíso y Santiago. Como vemos, el pillaje es una constante en las guerras de Chile en el siglo XIX que debe ser analizada en mayor profundidad.

El reclutamiento forzoso y la desertión son otras experiencias que parecen repetirse en las guerras del siglo XIX chileno. Desde 1813 en adelante hubo una constante resistencia desde el mundo popular a integrar los ejércitos a menos que fuese de forma forzosa^{12,13}. Para 1891, el gobierno de Balmaceda también recurrió al reclutamiento forzoso, lo cual, como señalan Cid y McEvoy “implicó un aumento evidente en el descontento hacia el gobierno desde los sectores populares, quienes, como ocurrió en guerras previas, respondían con fugas y desertiones” (124). El reclutamiento forzoso y la desertión son una de las contracaras más visibles a los relatos nacionalistas y heroicos de las guerras de Chile. Sin embargo, cuando en el medio del combate los amigos caen muertos o heridos, se genera el deseo de venganza y aparece el “genio de la matanza” que mencionamos en

¹¹ Al respecto se sugiere revisar: Benavides Santos, Arturo. *Seis Años de Vacaciones, Recuerdos de la Guerra del Pacífico*. Santiago, Imprenta Ahumada, 1929; Rosales, Justo Abel. *Mi campaña al Perú: 1879-1881*. Concepción, Universidad de Concepción, 1984.

¹² Al respecto, se sugiere revisar: León Solís, Leonardo. *Reclutas forzados y desertores de la patria: el bajo pueblo en la Guerra de Independencia. Historia (Santiago)*. V. 35, 2002, pp. 251-297.

¹³ En la obra *Guerra contra la Confederación. La Guerra en las provincias 1836-1839* de Gonzalo Serrano del Pozo se mencionan varios casos de desertión. Véase: Serrano del Pozo, Gonzalo. *Chile contra la Confederación. La guerra en las provincias: 1836-1839*. Santiago, RIL Editores, 2017.

otra investigación junto a Nicolás Llantén. Este “genio” no es más que el repase, el exterminio de todos los oponentes que quedan en el campo de batalla, sin importar si están heridos o si se rindieron (González y Llantén, “El genio”).

El repase parece ser otra constante de las experiencias de guerra, dando lo mismo si es una guerra civil o una internacional. Así lo encontramos en el combate de San Carlos (15 de mayo de 1813), cuando un grupo de soldados y oficiales realistas huyeron de su formación y se ocultaron en un bosque, donde luego fueron sorprendidos por soldados patriotas, siendo “inhumanamente fusilados” (Barros Arana, 79. IX). Y así también se aprecia tras la batalla de Placilla (28 de agosto de 1891):

La persecución de las tropas desbandadas en fuga y el repase a los heridos dio un carácter aún más macabro al campo de batalla de Placilla. Era la misma práctica que casi una década atrás se había aplicado en los campos de Perú, solo que ahora entre compatriotas (Cid y McEvoy 149).

Pero antes del repase, antes de que caigan camaradas de armas y amigos, se produce la feroz confusión del combate y esta es una experiencia que queda grabada en los recuerdos de algunos hombres que dejaron un testimonio de sus vivencias. Por ejemplo Antonio Barrera Lopetegui relata que durante la batalla de Portada de Guías (21 de agosto de 1838) “[l]a mayor ansiedad reinaba entre nosotros, ya que habíamos perdido todo contacto con nuestras fuerzas, no sabíamos el resultado de la batalla, ni sabíamos dónde dirigir nuestros pasos” (194). La misma experiencia de desconcierto y confusión experimentaron los veteranos de la Guerra del Pacífico, Alberto Solar, durante la batalla de Tacna¹⁴, y Arturo Benavides Santos, en la batalla de Chorrillos¹⁵.

¹⁴ Al respecto, véase Del Solar, Alberto. *Diario de campaña: recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico: 1879-1884*. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1967.

¹⁵ Al respecto, véase: Benavides Santos, Arturo, *Seis Años de Vacaciones, Recuerdos*

Como podemos ver hasta aquí, las experiencias de guerra son muchas y muy diversas, mostrándonos un espacio que no ha sido explorado por la historiografía. El hambre y las enfermedades, por mencionar solo algunos casos más, tampoco han sido abordadas. Durante las guerras de independencia, los campos del sur del país quedaron desolados, acampando el hambre y las enfermedades en la campiña. En 1817, en Colcura, Francisco Xavier de Molina le escribía a O'Higgins que: "La tropa se enferma de pujos... motivo de tener que cocinar con agua de mar por falta de sal" (León 63)¹⁶. Este solo es un ejemplo de las malas condiciones que debieron enfrentar en algunos momentos tanto combatientes como civiles durante las guerras de Chile en el siglo XIX y que tampoco ha sido abordado.

Lo mismo sucede con el luto y el dolor por la muerte de las víctimas de las guerras. En junio de 1879, Carmela Carvajal, la viuda de Arturo Prat, le escribió una carta de respuesta por el pésame entregado por la Municipalidad de Concepción. En ella redactó que:

El cumplimiento de un gran deber, me arrebató al esposo incomparable, dando un día más de gloria a la Patria. I (*sic*) solo Dios misericordioso podrá devolverme más tarde al elegido de mi corazón, ya que la muerte es una larga i (*sic*) dolorosa ausencia; pero no una eterna separación. Entre tanto, el padre arrebatado en la flor de su edad por un glorioso martirio, vela la cuna de sus huérfanos, i (*sic*) les inspire altos pensamientos en el curso de sus vidas, para que sean dignos del nombre que heredan i de suelo (*sic*) donde nacieron¹⁷ (Iturriaga 216).

La muerte y el dolor son un tema que deja muchas preguntas, ya que sabemos que esta se enfrenta de acuerdo con la cultura. Pero

de la Guerra del Pacífico. Santiago, Imprenta Ahumada, 1929.

¹⁶ El documento que cita Leonardo León es un oficio de Francisco Xavier de Molina a O'Higgins, Colcura, 8 de octubre de 1817, en ANMG, vol. 39, s.f.

¹⁷ La carta que cita María Angélica Iturriaga es en respuesta a las condolencias entregadas por la Municipalidad de Concepción (14 de junio de 1879).

¿cómo cambió durante el siglo XIX chileno respecto a la experiencia de guerra? Es una pregunta pendiente que debe ser abordada.

En síntesis, todas las experiencias de guerra mostradas en este apartado nos indican que hay una memoria cultural presente en documentos de archivo, en el trabajo de historiadores y en testimonios de acuerdo al planteamiento de Elena Esposito, y que, a su vez, son parte de una memoria social que debe ser tomada en cuenta, existiendo un gran trabajo pendiente para poder elaborar una Historia de las Guerras de Chile en el siglo XIX.

CONCLUSIÓN

Este artículo sostiene que la historiografía chilena, al citar en sus trabajos documentos relativos a las guerras que sufrió Chile en el siglo XIX junto con diversos testimonios dejados por testigos de estas, nos permite apreciar la experiencia de guerra que enfrentaron hombres y mujeres durante ese periodo. Si reconocemos que la memoria social es parte de un sistema, siguiendo los planteamientos de Luhmann y Esposito, y que ese sistema se ha ido desarrollando con el paso del tiempo, podemos entender que la historiografía y los testimonios de quienes dejaron recuerdo de sus vivencias son parte de la “memoria como cultura”. Desde ahí, podemos tener una visión panorámica de las experiencias de guerra del periodo, lo cual nos permitiría entrar en nuevos espacios y nuevas problemáticas para la disciplina.

A lo largo de este artículo, establecimos dos apartados. En el primero resaltamos la importancia que tiene para la historiografía el estudio tanto de las guerras como de las experiencias de guerra en el Chile decimonónico. Se destacó la importancia de estudiar las guerras más allá del relato nacionalista-heroico o la descripción de campañas militares y batallas para el estudio de los militares. Asimismo, reconocimos a la guerra como un fenómeno social total, que impacta en todos los ámbitos de la vida social y que no solo afecta a

los combatientes, como comúnmente se ha estudiado, sino también, dejando marcas profundas, a mujeres, niños y ancianos, ante lo que el estudio de las experiencias de guerra cobra un rol fundamental. Junto con eso, se dio una mirada panorámica al contexto en que se desarrollaron las guerras de Chile, donde el desarrollo de la tecnología y la fuerza del nacionalismo llevaron a que la guerra fuese tomando características distintas a la vez que un costo humano mayor. Es en ese contexto en donde se dieron las experiencias de guerra del Chile decimonónico, que distan mucho de ser meramente superficiales y que ameritan una mayor atención por la historiografía.

Luego, en el segundo apartado, realizamos una aproximación a algunas de las experiencias de guerra de ese periodo. Aunque no profundizamos demasiado en cada una de ellas, buscamos destacar los alcances y posibilidades que puedan tener posteriores investigaciones que entreguen una visión panorámica de estas en el siglo XIX. Por ende, vale mencionar que las experiencias que señalamos no son en ninguna circunstancia todas las posibles: puede haber muchísimas más y solo la investigación y los intereses de los autores las sabrán ir develando y poniendo en valor. Lo que más nos interesa de este apartado es mostrar que es posible, y a la vez necesario, dar una visión panorámica de estas experiencias más allá de una sola guerra, acercándose a estas múltiples guerras desde una perspectiva panorámica del siglo XIX chileno. Destacamos aquí el caso de la obra de Gabriel Cid y Carmen McEvoy, *Terror en Lo Cañas: violencia política tras la Guerra del Pacífico*, y en específico el concepto de “comandos fronterizos”, que permite tener una perspectiva de los combatientes chilenos de la segunda mitad de ese siglo, lo cual se acerca a lo que pretendemos.

A nuestro juicio, las experiencias de guerra tienen similitudes entre sí, a pesar de darse en espacios y tiempos distintos. Al respecto mencionamos varios casos, tales como las consecuencias emocionales —que llevan incluso a la pérdida de la razón—, el saqueo —sea este por venganza, por recursos o por botín—, el reclutamiento forzoso y la desertión, la forma de lucha, que lleva los “repases” —sin importar si estamos ante una Guerra Civil o contra otro Estado—, y la confusión

del combate. Todos estos ejemplos y otros más que indicamos en este apartado son posibilidades de investigación que deben ser abordadas.

Hay una memoria cultural a la que acercarse y que está en los testimonios y documentos de la época, que nos permitirá tener una visión panorámica y preguntarnos también por los cambios, reflexionando, desde la Historia de las Emociones, sobre la que tuvieron las comunidades emocionales con el paso del tiempo frente a ciertas experiencias de Guerra. ¿Se ocultaban? ¿Por qué? Y en el caso de que no: ¿cuáles eran los mecanismos de esas comunidades para enfrentarlos y sobreponerse? ¿Por qué fueron cambiando? ¿Por qué se originaron?

En síntesis, el estudio de la Historia de la Guerra y de sus experiencias importan, porque cómo escribió Margaret Mcmillan:

[la guerra] es algo que sigue entre nosotros. Tenemos que conocer sus causas, sus efectos, saber cómo ponerle fin y cómo evitarla. Al entender la guerra entenderemos algo de la condición humana, de nuestra capacidad de organizarnos, de nuestros sentimientos e ideas, y nuestra capacidad para la crueldad para el bien. Luchamos porque tenemos necesidades, porque queremos proteger lo que amamos o porque podemos imaginarnos creando mundos diferentes. Luchamos porque podemos... No es el momento de apartar la mirada de algo que puede parecerse abominable. Hoy más que nunca, tenemos que pensar en la guerra (322).

REFERENCIAS

- BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomos IX, X y XI. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2000.
- BULNES, GONZALO. *Guerra del Pacífico*. Vol. II. Santiago de Chile, Editorial Miguel Ángel Correa, 1979.

- CARRERA, JOSÉ MIGUEL. *Diario Militar*. En *VV. AA. Colección de Historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1900-1954. Tomo I.
- CID, GABRIEL Y CARMEN MCEVOY. *Terror en Lo Cañas: violencia política tras la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile, Taurus, 2021.
- ESPOSITO, ELENA. *Olvido Social. Formas y medios de la memoria de la sociedad*. Santiago de Chile, Ediciones UDP, 2023.
- CORONADO CANALES, DAVID. “Sois vosotros valientes héroes. Somos nosotros simples humanos. La experiencia de la Guerra del Pacífico en los testimonios de los actores”. *Revista Electrónica de Historia*, vol. 13, n.º1, 2012, pp. 29-59.
- GONZÁLEZ PUEBLA, CRISTIÁN Y NICOLÁS LLANTÉN QUIROZ. “La academia chilena y el fenómeno de la guerra: aprensiones y nuevos horizontes sobre una temática controversial”. *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de Guerra*, n.º18, 2020, pp. 511-546.
- _____. “‘El genio de la matanza’: el combate y los soldados chilenos en la Guerra del Pacífico (1879-1884)”. *Histórica*, vol. 47, n.º 2, 2023, pp. 129-156.
- GRACIA ALONSO, FRANCISCO. *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados*. Madrid, Desperta Ferro, 2019.
- GUAJARDO OYARZO, ERNESTO. *Manuel Rodríguez, el insurgente. La lucha de los patriotas en Chile (1815-1817)*. Santiago, Ril Editores, 2023.
- HYNES, SAMUEL. *The Soldier's Tale. Bearing Witness to Modern War*. Nueva York, Penguin Press, 2001.
- IGGERS, GEORG GREGOR. *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- ITURRIAGA, MARÍA ANGÉLICA. *Carmela Carvajal de Prat, Cartas de mi esposo*. Santiago de Chile, Sudamericana, 2011.
- MACMILLAN, MARGARET. *La Guerra. Cómo nos han marcado los conflictos*. Madrid, Turner, 2021.

- MOLINA HERNÁNDEZ, JORGE JAVIER. *Vida de un Soldado. Desde la Toma de Valdivia (1820) a la Victoria de Yungay (1839). Investigación y Edición de los Manuscritos de Antonio Barrena Lopetegui*. Santiago, Ril Editores, 2009.
- LEÓN SOLÍS, LEONARDO. “El difícil dilema de sobrevivir entre dos patrias: el bajo pueblo chileno entre Chacabuco y Maipú”. *Cuadernos de Historia*, n. °29, 2008, pp. 33-46.
- OLID ARAYA, ARTURO. *Crónicas de Guerra. Relatos de un ex combatiente de la Guerra del Pacífico y la Revolución de 1891*. Santiago, Ril Editores, 1999.
- RABINOVICH, ALEJANDRO. *Anatomía del pánico. La Batalla de Huaqui, o la derrota de la Revolución (1811)*. Buenos Aires, Sudamericana, 2017.